

Afinidades electivas

Bertrand Russell y Jorge Santayana se recuerdan mutuamente

Los filósofos Jorge Santayana y Bertrand Russell difícilmente hubieran podido ser más opuestos entre sí. Uno, español de origen modesto, prefería las letras a las ciencias, lo antiguo a lo moderno y aborrecía la acción, mientras el otro, aristócrata británico enamorado de la ciencia, era radicalmente progresista y empleó mucho tiempo de su vida en la acción política. Cada uno criticó duramente el pensamiento del otro. Sin embargo ambos congeniaron y supieron valorarse. Russell penetró con tanta o más perspicacia que el psicólogo William James en la complicada alma de Santayana y éste, en tiempos de penuria para Russell, distrajo de los emolumentos que le deparó el éxito de ventas de El último puritano una sustanciosa cantidad para crear una fundación que subvencionase temporalmente a razón de mil libras anuales a su necesitado colega. Russell accedió a ello, con la prosaica reserva de que su (segunda) divorciada esposa, Dora Russell, podría reclamar su parte. La solución fue la donación anónima. Las primeras quinientas libras le llegaron en septiembre de 1937.

El primer texto está tomado de los Retratos de memoria, publicados por Russell en 1956; y el segundo procede de Mi anfitrión el mundo, tercera parte de la biografía de Santayana, que vio la luz en 1953.

M. G.

RUSSELL RECUERDA A SANTAYANA

Para él podían ser objeto de admiración desde los antiguos griegos a los modernos italianos, incluyendo a Mussolini. Pero era incapaz de sentir sincero respeto por nadie que morase al norte de los Alpes. Sostenía que sólo los pueblos mediterráneos son capaces de llegar a la contemplación y que, por consiguiente, sólo ellos pueden llegar a ser verdaderos filósofos. Las filosofías alemana e inglesa eran para él esfuerzos vacilantes de razas inmaduras. [...] Era suave, meticuloso a su manera, y se excitaba raras veces. [...] Un anochecer, en Cambridge, después de haberle estado viendo por algún tiempo día tras día, me comunicó: “Mañana parto para Sevilla. Quiero estar en un sitio donde la gente no reprima sus pasiones”. Supongo que esta actitud no es sorprendente en quien tenía pocas pasiones que reprimir.

En su autobiografía cuenta que, en una ocasión, consiguió despertar en él una emoción algo cálida mi hermano, quien tenía un yate al que había invitado a Santayana. El yate estaba amarrado y el único camino para llegar a él era una estrechísima plancha. Mi hermano corrió prestamente sobre ella, pero Santayana temía caer al agua fangosa. Mi hermano le tendió su mano, mas era desgraciadamente tan pésimo el equilibrio de Santayana, que ambos fueron a caer, chapoteando, en el semilíquido lodo de la orilla del río. Santayana refiere, algo horrorizado, que, en el lance, mi hermano profirió palabras que él no hubiera creído pudiese conocer un conde.

BERTRAND RUSSELL

SANTAYANA RECUERDA A RUSSELL

De todos mis amigos, de todas las personas que pertenecían en algo a mi mundo, el más distinguido era Bertrand Russell. Era de buena cuna, tenía talento, cultura, un celo y una energía incansables, una inteligencia brillante y absoluta sinceridad y valor. Su amor a la justicia era tan agudo como su sentido del humor. Se desenvolvía a gusto en las matemáticas, las ciencias naturales y la historia. Sabía bien los idiomas más importantes y estaba bien informado de todo lo que ocurría en el mundo de la política y de la literatura. Debiera haber sido un líder, un hombre de fama e influencia universales. Se reconocía que era un hombre distinguido, pues había dejado marca en matemáticas y en lógica e inspirado en gran parte la nueva secta filosófica de los “realistas lógicos”. Pero en conjunto, en relación con sus facultades, era un fracasado. Se desinfló. Derrochó tiempo y energía, y hasta dinero, en cosas indignas. No dejó un monumento —a menos que lo sean sus *Principia Mathematica*, escritos en colaboración con Whitehead— que haga justicia a sus facultades y le dé un puesto en la historia.

[...] Era pequeño, moreno, vivaracho, con una expresión llena de vida y una risa de hiena. A algunos les parecía el hombre más feo que habían visto. A mí no me parecía feo, pues su máscara, aunque grotesca, era expresiva y atractiva.

JORGE SANTAYANA